



# El hombre que estaba lleno de odio

**En un pequeño pueblo, en lo profundo de la selva de Colombia, un indígena piapoco se encontraba en su choza.**

Con satisfacción veía cómo nuevamente había logrado, incitar a sus parientes a molestar la fe del capitán Ricardo, un cristiano líder del pueblo. A pesar de que éste era ya de edad avanzada, Federico no lo respetaba y continuó agobiándolo... hasta el momento de su accidente.

El eco que produce el hacha sobre el tronco, hacía que los micos huyeran espantados y adviertía a los animales grandes a mantenerse lejos. Federico tomó una pausa para secarse el sudor de la frente. Un par de hachazos más y tumbaría el árbol. Renovando sus fuerzas tomó su hacha y propinó al gran árbol dos hachazos con todas sus fuerzas. El tronco comenzó a inclinarse sobre los pequeños árboles al otro lado; pero de pronto, como si hubiera cambiado de idea, el gran árbol se avalanzó directamente sobre Federico. Aunque saltó, el tronco alcanzó a caerle sobre una de sus piernas, fracturándola. En el pueblo no había ningún remedio de hierbas que le sirviera. Todos sabían que sólo un médico en la ciudad podría arreglar su pierna, así que, su familia lo llevó en un viaje de dos días por canoa hasta un pequeño hospital. Una vez allí, el médico examinó su complicada fractura e inmediatamente hizo arreglos para enviar a Federico a un hospital mejor equipado.

Pero mientras tanto, a Federico lo tuvieron desatendido varios días, hasta que un buen día, un cristiano que visitaba a los pacientes, conoció a Federico e insistió para que lo operaran. Le insertaron un perno en la pierna para mantener sus huesos en su lugar. Aquel cristiano intentó hablarle a Federico del Señor y, aunque Federico no entendió completamente el mensaje, pudo sentir su misericordia y aceptación.

Semanas después, Federico anticipaba con ansias el regreso a su pueblo. Pero no estaba listo para lo que seguía. Al bajarse de la avioneta, se cayó. El dolor fue intenso en todo su cuerpo – el perno se había soltado-. Desanimado y en agonía, Federico volvió a su casa. Varios meses pasaron en la misma situación.

Un día, José, un misionero indígena piapoco llegó con su hermano al pueblo. Llegaron para ayudar al capitán Ricardo

a enseñar la Palabra de Dios. Los misioneros tomaron turnos enseñando dos veces al día durante dos meses y medio. Carmen, la esposa de Federico, era parte de aquellos que con gran entusiasmo ponían atención a la enseñanza bíblica. Un día Carmen con algo de pena se acercó a José pidiéndole que enseñara también a su esposo. José aceptó visitar a Federico.

Federico le contó a José su triste historia. José sintió pena por él al ver que ya ni siquiera podía proveer para su familia, compartió con él algo de la Palabra de Dios. Al siguiente día, mientras José comenzó a enseñar una lección bíblica a los del pueblo, alzó los ojos y se sorprendió. Federico venía cojeando, apoyado en unas muletas hechas a mano y ayudado por su esposa que tenía una gran sonrisa de satisfacción. El capitán Ricardo se dio cuenta de la llegada del hombre que tanto lo odiaba, pero mantuvo la calma. Él nunca perdió el control con Federico, pero sus actitudes y acciones buscando hacerle daño le habían dolido sensiblemente a lo largo de los años.

Día tras día, Federico llegaba para escuchar la Palabra de Dios. Este hombre, a pesar de estar muy limitado, se sentaba en el mismo lugar cada mañana. Al finalizar la serie de lecciones bíblicas, Federico, Carmen y otros 16 piapocos pusieron su fe en la sangre de Cristo derramada por sus pecados. Federico se tornó humilde y enseñable. Los misioneros volvieron a sus respectivos pueblos, y la responsabilidad de discipular a los nuevos creyentes recayó sobre el capitán Ricardo. Un día, Ricardo se puso en pie delante de sus estudiantes. Los miró fijamente y les dijo: "Me estoy volviendo viejo y creo que Dios quiere usar hombres más jóvenes para ser líderes y maestros de la Palabra." Hizo una pausa, y luego apuntó con su dedo a Federico. "Yo quiero que tú te prepares para enseñar en nuestra próxima reunión." Federico esbozó una gran sonrisa, agradecido por la oportunidad de practicar. Su gran deseo era llevar el Evangelio a aquellos que todavía no lo han escuchado... y una pierna fracturada no lo detendría.

## Puntos Culturales

- Idealmente, el enojo no es aceptable para los piapocos, pues pueden dividir pueblos y causar que la gente se mude. La unión es esencial para la supervivencia física, debido a que los individuos han sido enseñados en diferentes habilidades y dependen el uno del otro para aprender.
- Los ancianos piapocos normalmente no pasan el liderazgo a los hombres jóvenes. Los viejos son respetados por su estabilidad y sabiduría; los más jóvenes tienen que ganar ese respeto con el pasar de los años.